

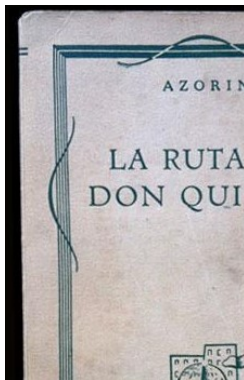


La ruta de don Quijote (Homenaje a Azorín)

La ruta de don Quijote

Azorín

Buenos Aires, Losada, 1944 (3ª ed.)



SANTIAGO MONTOBBIO

(Escritor y poeta)

smontobbio@gmail.com

LA RUTA DE Don Quijote, esta búsqueda de Azorín que leo en parte esta tarde. Búsqueda de una memoria que es un afecto y un alma hecha también paisaje de todos. He de continuar el libro mañana. Nunca lo había leído. He llegado –quizá es un poco menos de la mitad– justo a la primera salida del caballero –que somos todos, y también su salida a andar por los mundos es la nuestra. Es de noche. Pienso que continuaré el libro mañana. Que quiero decir algo de él. De lo que leo, de lo que es, lo que me sugiere. Lo que encuentro en esa búsqueda, y es busca también mía. Es de noche, mañana me espera la continuación del libro, a la del alba sería.

Barcelona, 31 de mayo de 2020

AYER POR LA tarde, sí, leo casi medio libro, *La ruta de Don Quijote* de Azorín. No escribo nada de él, aunque no es que no lo lea sin reposo y no me lleve adentro mío, que es, en el caso del *Quijote*, adentro de todos. Creo que es algo que de modo especial y

único sucede con *El Quijote* y con Don Quijote. En este libro Azorín —es algo que pienso aun antes de empezarlo— va a ir en su busca por ir en la de sí propio y de la de todos. Y esto pasa porque va en busca de Don Quijote, que es muchas cosas —es un alma y la historia de un alma y sus adivinaciones y sus verdades y sus soledades y sus temores—, pero es también unos pueblos, unos paisajes. Y aquí está, por ellos se busca su rastro y se anda. Se ve Don Quijote como yo lo siento y creo lo hemos de sentir todos en este libro. Ya al principio, y así nos dice en una de sus primeras páginas Azorín: “Yo amo esa gran figura dolorosa que es nuestro símbolo y nuestro espejo. Yo voy —con mi maleta de cartón y mi capa— a recorrer brevemente los lugares que él recorriera”. Me fijo en una frase que escribe Azorín más adelante, en el Capítulo IV, “El ambiente de Argamasilla”. Dice en ella Azorín: “Todo está en profundo reposo”. Pienso que este reposo, esta calma honda está también —o estaba, o estaba en alto grado hasta no hace mucho— en España o algunos de sus paisajes, y que es este tiempo detenido, en el que queda un fondo inalterable, lo que nos permite ir a buscar las andanzas y los paisajes y los lugares de hace algunos siglos y respirarlos y sentirlos, sentirlos aún vivos. El tiempo pasado, una esencia perdida y aún viva que podemos sentir en el tiempo presente. Porque el tiempo presente es el único que hay, pero puede ser también parecido, tener algo de sueño o de ficticio. Dice una de las “Siluetas de Argamasilla” — Capítulo VI—, Martín: “Lo que se come en el acto —dice él— es siempre lo mejor”. Y comenta a continuación Azorín: “Y ésta es una grande, una suprema filosofía, no hay pasado ni existe porvenir; sólo el presente es real y trascendental”. Aquí me quedo ayer en mi lectura. El siguiente capítulo es “La primera salida”. Vienen luego —me fijo ayer— “La venta de Puerto Lápice”, “Camino de Ruidera”, “La cueva de Montesinos”, “Los molinos de viento”, “Campo de Criptana”, “En El Toboso”, y los que siguen. Me quedo ayer a las puertas de la salida, pues, y pienso que voy a salir con *El Quijote* y Azorín por estos parajes hoy, esta mañana. Ahora voy a hacerlo, tras estas líneas. Conozco estos parajes. Los recorrí y anduve los varios veranos en que iba unos días al Festival de Teatro Clásico de Almagro. Veo que enseguida está, claro, como es natural, la venta de Puerto Lápice. Hay una arreglada como establecimiento turístico, en la que te dicen o te venden que es la de *El Quijote*. Una de las veces que íbamos vimos que una casa antes una señora con su ama —porque parecían una señora y ama casi de *El Quijote*, y más nos lo pareció cuando nos hablaron— estaban encalando y pintando —blanco y añil— las paredes. Les hablamos. La señora nos dijo que la verdadera venta que aparecía en *El Quijote* era la suya, su casa, ésta. Y nos dejó pasar al patio y verla. Es verdad que estaba sin tocar, y daba la sensación de que estaba como cuando Don Quijote aquí estuvo —y quizá, sí, en ella. La señora nos dijo el nombre de la casa y al volver a Barcelona yo la busqué en *El Quijote*, pero no la encontré. Pero quizá no lo entendí bien. Daba una impresión completamente verdadera. De ser verdadera, quiero decir. La venta, la casa, y también la señora —y el aplomo y el donaire con que nos lo dijo y nos invitó a pasar a su casa y nos la mostró, la naturalidad y el orgullo que había en ello. Lo recuerdo al ver el título del segundo capítulo que me encontraré al retomar la lectura de este libro de Azorín. Ahora lo escribo. Pienso que tenemos dentro *El Quijote* y a Don Quijote como pocas cosas. Que podemos ir aún por sus pueblos y sus paisajes y de algún modo aún sentirlo. Que está aún en el aire de la Mancha como está en nuestros sueños y nuestra memoria. El tiempo presente queda de algún modo detenido y fijo, y vuelve, vuelve a ser, y a ser el mismo, a ser el que fue y como fue. Así una señora nos dice con autoridad y gracia que es su casa en realidad en la que estuvo Don Quijote y nos invita a pasar y nos la muestra, en Puerto Lápice. Y nos parece que bien puede ser. Así lo sentimos. Y sentimos que está vivo *El Quijote* y Don Quijote, y que aún podemos encontrarlo en sus caminos, como en las intenciones del corazón, en lo más profundo del ánimo.

ESCRIBE AZORÍN EN “La primera salida”: “Por este camino, a través de estos llanos, a estas horas precisamente, caminaba una mañana ardorosa de julio el gran caballero de la Triste Figura; sólo recorriendo estas llanuras, empapándose de este silencio, gozando de la austeridad de este paisaje, es como se acaba de amar del todo íntimamente, profundamente, esta figura dolorosa”. Amor –pienso– que es sentir y comprender, y desde este sentir y comprender volverlo a la vida, a la vida en los sueños y las presencias, y que nos acompañe con ellas, y haga con nosotros como una sombra a nuestro lado el camino. Se pregunta entonces Azorín: “¿En qué pensaba don Alonso Quijano, el Bueno, cuando iba por estos campos a horcajadas de Rocinante, dejadas las riendas de la mano, caída la noble, la pensativa, la ensoñadora cabeza sobre el pecho? ¿Qué planes, qué ideales imaginaba? ¿Qué inmortales y generosas empresas iba fraguando?”. Yo escribo estas modestas palabras en mi casa, sin más voluntad ni propósito que el que sirvan para recoger las preguntas que se hace Azorín, y las acompañen. Siento que unas y otras, palabras y preguntas, son como las nubes y los sueños, y que se pierden en el horizonte.

Aquí iba a dejar estas palabras, de momento, pero sigo leyendo este capítulo de Azorín, y me agrada encontrar cómo se puede alcanzar en estos paisajes comprensión, y entender qué es lo que en ellas se buscaba. Digo esta comprensión con las palabras con que la expresó Azorín en este libro, y es con las que la encontró y sintió: “Y ahora es cuando comprendemos cómo Alonso Quijano había de nacer en estas tierras, y cómo su espíritu, sin trabas, libre, había de volar frenético por las regiones del ensueño y de la quimera. ¿De qué manera no sentirnos aquí desligados de todo? ¿De qué manera no sentir que un algo misterioso, que un anhelo que no podemos explicar, que un ansia indefinida, inefable, surge de nuestro espíritu? Esta ansiedad, este anhelo es la llanura gualda, bermeja sin una altura, que se extiende bajo un cielo sin nubes hasta tocar, en la inmensidad remota, con el telón azul de la montaña. Y esta ansia y este anhelo es el silencio profundo, solemne, del campo desierto, solitario. Y es la avutarda que ha cruzado sobre nosotros con aleteos pausados. Y son los montecillos de piedra, perdidos en la estepa, y desde los cuales, irónicos, misteriosos, nos miran los cuclillos...”.

La venta de Don Quijote, quiero decir que ya no está, como nos dice Azorín en el capítulo “La venta de Puerto Lápice”. Azorín nos refiere también su encuentro con Don José Antonio, el médico único del pueblo, y que en el periódico que escribe por completo él mismo y lleva para que lo lean en el casino ha escrito artículos sobre esta venta. Porque él ha preguntado y hablado con los más viejos, y ha identificado –cree– el solar en que se encontraba la venta, que aún está. Y lleva allí a Azorín. Azorín se encuentra en el solar, en el espacio que ocupara la venta. Piensa en cuánto debió parar en ella Cervantes, y cuánta vida debió en ella sentir. Por esto allí Don Quijote. De la vida el escribir. Así se lo pregunta de hermosa manera Azorín: “¿Y cuánta casta de pintorescos tipos de gentes varias, de sujetos miserables y altos no debió de encontrar Cervantes en esta venta de Puerto Lápice en las veces innumerables que en ella se detuvo! ¿No iba a cada momento de su amada tierra manchega a las regiones de Toledo? ¿No descansaría en esta venta, veces y veces, entre pícaros, mozas del partido, cuadrilleros, gitanos, oidores, soldados, clérigos, mercaderes, titiriteros, trashumantes, actores?”. Después nos dice que esto piensa y el lugar en que lo piensa –y por ello así se da: “Yo pienso en todo esto mientras camino, abstraído, por el ancho ámbito que fue patio de la posada; aquí veló Don Quijote sus armas una noche de luna”. Yo pienso y recuerdo que la señora que nos dijo que la venta que se presentaba y ofrecía como la de Don Quijote –algo que parecía claro, y que este libro de Azorín que leo en su edición en

Losada de Buenos Aires en 1944 (es la tercera edición) confirma— era una desvergonzada y falsa invención de comerciantes no me dijo que la suya era donde estuvo Don Quijote sino que la suya estaba intacta y era verdadera y no un montaje, y que salía en *El Quijote*, se la mencionaba. Que hacía poco había venido una profesora de Madrid a verla. Anoté el nombre al llegar a la vieja casa manchega en que nos alojábamos, y la busqué en *El Quijote* en Barcelona, pero, como he dicho, no lo encontré o no lo supe encontrar. Era verdad que te hacía pensar y sentir que estaba sin tocar. Que era verdadera. Que si no era ésta la venta en que estuvo Don Quijote tenía que ser muy parecida, y que ésta ya estaba cuando él por aquí andaba. Se veía —y lo observo también para mí mismo— que habló de Don Quijote como si fuera una persona real. Y es que lo es. Por completo, profundamente existe adentro nuestro y nos acompaña. Borges dice en unas bellas palabras que cree más en su existencia que en la de muchas personas reales. Creo que es así. Que nos da verdaderamente esta sensación, nos produce este sentimiento y esta convicción. Así lo busca Azorín en el solar al que le lleva el médico de Puerto Lápice por creer que es en el que estuvo la venta, y así yo busco en *El Quijote* el nombre de una venta que estaba también en ese tiempo. Don Quijote es real y es verdad, tanto como nuestras ilusiones y nuestros sueños. Atraviesa la noche del tiempo, y nos da la mano en el camino. Por esto podemos aún preguntarnos por él, imaginárnoslo. La ruta de Don Quijote también se cumple por dentro.

ESCRIBE AZORÍN EN el Capítulo “La cueva de Montesinos”: “El paisaje se hace más amplio, se dilata, se pierde en una sucesión inacabable de altibajos plomizos. Hay en esta campiña bravía, salvaje, nunca rota, una fuerza, una hosquedad, una dureza, una autoridad indómita que nos hace pensar en los conquistadores, en los guerreros, en los místicos, en las almas, en fin, solitarias y alucinadas, tremendas, de los tiempos lejanos. Ya a nuestra derecha, la tierra cede de pronto y desciende en una rápida vertiente; nos encontramos en el fondo de una cañada”. Azorín, cuando escribe esto, aún no ha llegado a la cueva. Pero yo la tengo en mi recuerdo, y antes de seguir leyéndole lo escribo, voy a escribirlo o acercármelo otra vez un momento. El capítulo anterior de este libro es “Camino de Ruidera”. Sí, la cueva está muy cerca de sus lagunas. Recuerdo la primera vez que fui. Una señalización tosca. Un monte seco y algo árido, pero con encinas y monte bajo. Un monte que imaginamos y que me hacen recordar estas palabras de Azorín. En la cueva, nadie. Así los primeros años que fui. El último había un guía en la cueva que te la enseñaba. Ante nuestras preguntas nos dijo que presentó el proyecto al Ayuntamiento para enseñarla y lo aceptaron. Dice que tienen este patrimonio. Supongo, sí, que está muy bien. Pero era mejor que la cueva estuviera sola y sin nadie, en su misma condición de modestia. De esta cueva en este monte una sima y de los molinos gigantes. La cueva, como las pasiones, como los sueños, como los ideales que merecen perseguirse con la vida, la ha de descubrir uno mismo. Ha de poder encontrársela aún como estaba —tal la encontré yo—, y que le haga pensar como piensa en estas palabras Azorín. Azorín nos va a hablar, he visto, de los molinos de viento y de Alcázar de San Juan. Entre otras cosas. Recuerdo ver caer la tarde sobre los molinos, los molinos de Herencia y de Alcázar de San Juan, la belleza de esta ciudad, su disputa con Alcalá de Henares por Cervantes. Los lagos, las lagunas a las que nos acercamos y en las que vimos a los flamencos en libertad. Lagunas solitarias, y poco turísticas. Los flamencos que se iban con el crepúsculo, belleza sobre el cielo. El rosa en el atardecer. Las aguas del Guadiana que de manera increíble vimos volver a florecer en unos años en las tablas de Daimiel, que se daban por perdidas y cuya sequedad se consideraba irremediable. Así pasa en la vida. Así recuerdo detalles, escenas, paisajes, lugares, aguas y pájaros de

algunos veranos. Hace años. Quiero decir que los molinos de viento y la cueva de Montesinos y las lagunas de Ruidera, los lugares del Quijote han de ser aún como queramos que sean, como nosotros dejemos que puedan ser. Que tengan la altura de nuestros sueños y la profundidad de nuestra esperanza. Es por esto que vale la pena echar a andar por sus caminos, buscarlos y soñarlos, recordarlos en el corazón y las palabras. Sí, recordar, *religare*, volver al corazón. Así el Quijote y su memoria y sus ilusiones y sus esperanzas en sus paisajes y también en nuestra alma, con la voluntad de hacer que sea más alta y más libre la vida.

Barcelona, 1 de junio de 2020

CONTINUÓ LEYENDO EL capítulo “La cueva de Montesinos”. Al final de él Azorín nos habla de su modestia, en la que yo también pensé al encontrarme en ella y su paraje y comentaba ayer. Nos dice Azorín: “-‘Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado’ -decía Don Quijote cuando fue sacado de la caverna.// El buen caballero había visto dentro de ella prados amenos y palacios maravillosos. Hoy Don Quijote redivivo no bajaría a esta cueva; bajaría a otras mansiones subterráneas más hondas y temibles. Y en ellas, ante lo que allí vieran, tal vez sentiría la sorpresa, el espanto y la indignación que sintió en la noche de los batanes, o en la aventura de los molinos, o ante los felones mercaderes que ponían en tela de juicio la realidad de su princesa. Porque el gran idealista no vería negada a Dulcinea; pero vería negada la eterna justicia y el eterno amor de los hombres.// Y estas dolorosas remembranzas es la lección que sacamos de la cueva de Montesinos”. Y antes nos ha hablado de su agua, del misterio y la verdad de su agua, con palabras preciosas. Traigo aquí sus palabras sobre esta agua subterránea: “Y en el fondo, abajo, en los límites del anchuroso ámbito, entre unas quebras rasgadas, aparece un agua callada, un agua negra, un agua profunda, un agua inmóvil, un agua misteriosa, un agua milenaria; un agua ciega que hace un sordo ruido indefinible -de amenaza y lamento- cuando arrojamos sobre ella unos pedruscos. Y aquí, en estas aguas que reposan eternamente, en las tinieblas, lejos de los cielos azules, lejos de las nubes amigas de los estanques, lejos de los menudos lechos de piedras blancas, lejos de los juncuales, lejos de los álamos vanidosos que se miran en las corrientes; aquí, en estas aguas torvas, condenadas, está toda la sugestión, toda la poesía inquietadora de esta cueva de Montesinos...”. Son preciosas estas palabras, sí, y nos dicen que en estas aguas -calladas, hondas, oscuras- está el misterio -la sugestión- y la poesía de esta cueva de Don Quijote, la cueva de Montesinos. Leo y me agradan enormemente estas palabras sobre las aguas calladas y hondas de la cueva y su ligazón con la poesía. Luego, tras cerrar el capítulo, pienso que en la presentación de uno de mis libros en la sede de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, en Madrid, Mercè Boixareu - que era la presentadora- dijo que venía de pasar unos días en La Mancha y había pensado en el agua del Guadiana como imagen para mi poesía. Le dije cuánto me agradaba esta imagen, y qué pertinente la encontraba. Lo he comentado en ocasiones. Lo sé. Pero lo recuerdo de nuevo porque es un agua subterránea de la Mancha que se ha unido a la poesía, a mi poesía, y siento que el agua subterránea -y más la de la Mancha- así lo está. Que está unida a la poesía. La poesía está en ella. La necesita. Es su refugio, su fuente. Y lo vuelvo a sentir al ver cómo Azorín une al final de sus palabras preciosas sobre esta agua callada y escondida que se encuentra bajo tierra a la poesía, y lo dice de la de la cueva de Montesinos. Que en ella está su poesía. Pienso que el agua escondida y fresca que está bajo tierra es donde se encuentran los nutrientes que necesita la poesía, y

esto nos lo dicen las aguas hondas de la Mancha. La Mancha está unida a nuestra vida y a la poesía. Como Don Quijote. Es su emblema, su imagen, su recuerdo. Su presencia cierta en ella –en nuestra vida.

QUÉ ESTUPENDA ES la recreación, la transmisión de lo que es el paseo y el descubrimiento de un pueblo, si quien lo escribe y nos la trae al corazón es Azorín: “Hay un placer íntimo, profundo, en ir recorriendo un pueblo desconocido entre las sombras; las puertas, los balcones, los esquinazos, los ábsides de las iglesias, las torres las ventanas iluminadas, los ruidos de los pasos lejanos, los ladridos plañideros de los perros, las lamparillas de los retablos... todo nos va sugestionando poco a poco, enervándonos, desatando nuestra fantasía haciéndonos correr por las regiones del ensueño...”. Escribe esto de Criptana, de Campo de Criptana, en el capítulo “Los molinos de viento”, pues allí ha ido a verlos. A encontrarse con ellos. Los ha leído antes en *El Quijote* en la habitación de su fonda: “Pero no lo he dicho, sino que he abierto el *Quijote* y me he puesto a leer en sus páginas. ‘En esto –leía yo a la luz de la vela– descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo...’. La luz se ha ido acabando; llamo a gritos”.

Azorín trae una memoria y en ella una lumbre, una verdad. La verdad de que cuando él va a Campo de Criptana, por supuesto, los molinos andan. Así lo vemos en este diálogo: “Y ante la puerta de uno de esos molinos nos hemos detenido.// –Javier –le ha dicho don Jacinto al molinero–. ¿Va a marchar esto pronto?// –Al instante –ha contestado Javier”. Azorín nos da después –y me alegra encontrarla– una explicación de la novedad fabulosa que eran en tiempos de Don Quijote estos molinos, y ve en ello la posible razón de que excitaran su fantasía. Así nos lo relata: “¿Os extrañará que don Alonso Quijano, el *Bueno*, tomara por gigantes los molinos? Los molinos de viento eran, precisamente cuando vivía Don Quijote, una novedad estupenda; se implantaron en la Mancha en 1575 –dice Richard Ford en su *Handbook for traveller in Spain*. –‘No puedo yo pasar en silencio –escribía Jerónimo Cardano en su libro *De rerum varietate*, en 1580, hablando de estos molinos–, no puedo yo pasar en silencio que esto es tan maravilloso, que ya antes de verlo no lo hubiera podido creer sin ser tachado de hombre cándido’. ¿Cómo extrañar que la fantasía del buen manchego se exaltara ante estas máquinas inauditas, maravillosas?”. Lo que fue novedad digna de excitar la fantasía, por encontrarlo ya una realidad cercana al sueño, se convierte con los siglos acaso en algo vetusto y que al final ya no se usa. Así ha sucedido con estos molinos. No los he visto ya en uso, no los hemos visto. Están como una memoria, como una presencia que quizá también nos permite, en su olvido, fantasear y soñar. Pero por esto me gusta tanto leer cómo Azorín nos describe su marcha, cómo andan, y cómo desde uno de ellos, y mientras anda, nos describe el campo: “Pero Javier ha trepado ya por los travesaños de las aspas de su molino y ha ido extendiendo las velas; sopla un viento furioso, desatado; las cuatro velas han quedado tendidas. Ya marchan lentamente las aspas, ya marchan rápidas. Dentro, la torrecilla consta de tres reducidos pisos; en el bajo se hallan los sacos de trigo, en el principal es donde cae la harina por una canal ancha; en el último es donde rueda la piedra sobre la piedra y se deshace el grano. Y hay aquí en este piso unas ventanitas minúsculas, por las que se atalaya el paisaje. El vetusto aparato marcha con un sordo rumor. Yo columbro por una de estas ventanas la llanura inmensa, infinita, roja, a trechos verdeante; los caminos se pierden amarillentos en culebros largos, refulgen paredes blancas en la lejanía; el cielo se ha cubierto de nubes grises; ruge el huracán. Y por una senda que cruza la ladera avanza un hormiguelo de mujeres

enlutadas, con las faldas a la cabeza, que ha salido esta madrugada –como viernes de cuaresma– a besarle los pies al Cristo de Villajos, en un distante santuario, y que tornan ahora, lentas, negras, pensativas, entristecidas, a través de la llanura yerma, roja...”. Al final del capítulo está otra vez en su cuarto de la pensión (“Yo me siento en la estancia entenebrecida; oigo el ‘tic-tac’ del reloj; unas campanas tocan el Ángelus”). Y lo termina así: “Los molinitos de Criptana andan y andan”. Me encanta este final, y el saber que era verdad. Me agrada y alegra esta memoria. La poesía también de los molinos, y la lucha por la libertad y los sueños. Los molinos de viento lo dicen. Andan en la memoria, andan aún en este libro de Azorín cuando lo leo, cómo él los vio andar, y andan también todavía, quizá, en nuestro corazón. Si dentro de él cabe hacer aún la ruta de Don Quijote, es para ella nuestro corazón aún una tierra posible. En la que el caballero y sus sueños puedan andar y andar, como andaban los molinos en Campo de Criptana cuando estuvo Azorín y como nos lo refiere en este libro, y andan aún en la memoria. En los sueños y el corazón.

DON QUIJOTE, PERO también Sancho. Así en la Mancha y en la ruta de Don Quijote, en sus pueblos, en el paisaje cambiante que al final resulta que no lo es tanto de la vida. Así los hombres de Campo de Criptana se sienten Sancho, y quieren sentirse y serlo. Así se lo dice uno de ellos a Azorín: “–Sí –dice don Victoriano–; en los demás pueblos de la Mancha, que se crean Quijotes si les place; aquí nos sentimos todos compañeros y hermanos espirituales de Sancho Panza”. Pues se presentan, de noche, en la fonda, para secuestrarlo. Para así mostrárselo: “Y para que usted lo compruebe más pronto – concluye don Miguel–, nosotros hemos decidido secuestrarle a usted desde este instante”.

El tiempo pasa y no pasa en la Mancha, y en el alma. Así se siente que sucede con todo lo íntimo y que de verdad nos importa. Unido a este momento y referido a la Mancha lo dice en este capítulo Azorín: “La galera camina y camina por el angosto caminejo. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde nuestra salida? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido aún? ¿Dos, tres, cuatro, cinco horas? Yo no lo sé; la idea del tiempo, en mis andanzas por la Mancha, ha desaparecido de mi cerebro”. Y en lo hondo de este tiempo sin tiempo, en su más recóndita hondura, hendidura, la sospecha asoma, y es la de que quizá Sancho Panza es Don Quijote –o es también Don Quijote. Así se lo pregunta y duda en relación a uno de estos Sanchos Azorín: “Y yo pienso en lo más íntimo de mi ser: Pero este don Bernardo, tan cariñoso, tan bueno, ¿será realmente un Sancho Panza, como él asegura a cada momento?, tendrá más bien algo del espíritu de don Quijote”. Pero, como él mismo nos dice, deja esta pregunta o sospecha, este problema sin resolver y se pierde en el campo, al sentir la necesidad de ir a él. Así nos lo dice: “Mas por lo pronto dejo sin resolver este problema; es preciso salir al campo, pasear, correr, tomar el sol, atalayar el paisaje –ya cien veces atalayado– desde lo alto de los repechos; y en estas gratas ocupaciones nos llega la hora del mediodía”. Sí, se pierda en el paisaje toda duda, o alguna duda, y vivamos en la espesura –espesura en que habita y se puede dar el alma, la poesía, el canto. La vida verdadera, de verdad la vida.

Barcelona, 2 de junio de 2020

LA TRISTEZA DE la Mancha está en El Toboso, la soledad, su abandono. La presente al acercarse a este pueblo Azorín: “Sentís que una intensa sensación de soledad y de abandono os va sobrecogiendo”. Y aún más lo siente y confirma y se hunde en este

sentimiento cuando ya está en el pueblo: “Y no percibís ni el más leve rumor; ni el retumbar de un carro, ni el ladrido de un perro, ni el cacareo lejano y metálico de un gallo. Y veis los mismos muros agrietados, ruinosos; la sensación de abandono y de muerte que antes os sobrecogiera, acentúase ahora por modo doloroso a medida que vais recorriendo estas calles y aspirando este ambiente”. Las preguntas de la soledad, de la decadencia, del acabamiento: “¿Cómo el pueblo del Toboso ha podido llegar a este grado de decadencia? –pensáis vosotros, mientras dejáis la plaza. –‘El Toboso –os dicen– era antes una población caudalosa; ahora no es ya ni la sombra de lo que fue en aquellos tiempos. Las casas que se hundan no tornan a ser edificadas; los moradores emigran a los pueblos cercanos; las viejas familias de los hidalgos –enlazadas con uniones consanguíneas desde hace dos o tres generaciones– acaban ahora sin descendencia”. Y vais recorriendo calles y calles. Y tornáis a ver muros ruinosos, puertas tapiadas; arcos despedazados”. Y algo que aún más duele y alarma en este abandono, por lo que se pregunta, y es la casa de Dulcinea: “¿Dónde estaba la casa de Dulcinea? ¿Era realmente Dulcinea esta Aldonza Zarco de Morales de que hablan los cronistas? En el Toboso abundan los apellidos de Zarco; la casa de la sin par princesa se levanta en un extremo del poblado, tocando con el campo; aún perduran sus restos. Bajad por una callejuela que se abre en un rincón de la plaza desierta; reparad en unos murallones desnudados de sillería que se alzan en el fondo; torced después a la derecha, caminad luego cuatro o seis pasos; deteneos al fin. Os encontráis ante un ancho edificio, viejo, agrietado; antaño esta casa debió de constar de dos pisos; mas toda la parte superior se vino a tierra, y hoy, casi al ras de la puerta, se ha cubierto el viejo caserón con un tejadillo modesto, y los desniveles y rajaduras de los muros de noble piedra se han tabicado con paredes de barro”. Sigue comentando Azorín: “Ésta es la mansión de la más admirable de todas las princesas manchegas. Al presente es una almazara prosaica. Y para colmo de humillación y vencimiento, en el patio, en un rincón, bajo gavillas de ramajes de olivo, destrozados, encarnecidos, reposan los dos magníficos blasones que antes figuraban en la fachada. Una larga tapia parte del caserón y se aleja hacia el campo cerrando la callejuela...”. Azorín recuerda las cosas que se dicen Don Quijote y Sancho: “–‘Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea que quizá podrá ser que la hallemos despierta’ –decía a su escudero don Alonso, entrando en el Toboso a media noche.// –‘¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo de sol –respondía Sancho–, que en el que yo vi a su grandeza no era sino casa muy pequeña?’”. Y cierra el capítulo con una impresión que es también la nuestra y es la de las cosas que se desvanecen y se van, los fantasmas que en ellas aún están y cómo sentimos que nosotros también nos vamos con ellas, nos hemos ya ido un poco. Así acaba este capítulo Azorín: “La casa de la supuesta Dulcinea, la señora doña Aldonza Zarco de Morales, era bien grande y señorial. Echemos sobre sus restos una última mirada; ya las sombras de la noche se allegan; las campanas de la alta y recia torre dejan caer sobre el poblado muerto sus vibraciones; en la calle del Diablo –la principal de la villa– cuatro o seis yuntas de mulas que regresan del campo arrastran sus arados con su sordo rumor. Y es un espectáculo de una sugestión honda ver a estas horas, en este reposo inquebrantable, en este ambiente de abandono y decadencia, cómo se desliza de tarde en tarde, entre las penumbras del crepúsculo, la figura lenta de un viejo hidalgo con su capa, sobre el fondo de una redonda puerta cegada, de un esquinazo de sillares tronchado o de un muro ruinoso por el que asoman los allosos en flor o los cipreses...”.

El siguiente capítulo, “Los miguelistas del Toboso”, empieza con un rasgo de cercanía y de extraordinaria cordialidad que nos agrada y nos sorprende y nos compensa del sabor de abandono que nos había dejado el capítulo anterior. Así empieza este capítulo: “¿Por qué no he de daros la extraña, la inaudita noticia? En todas las partes del planeta el autor del *Quijote* es Miguel de Cervantes Saavedra; en El Toboso es sencillamente *Miguel*. Todos le tratan con suma cordialidad; todos se hacen la ilusión de que han conocido a la familia.// –Yo, señor Azorín –me dice don Silverio–, llego a creer que he conocido al padre de Miguel, al abuelo, a los hermanos y a los tíos”. Y le dice un habitante del pueblo en torno a una mesa –“¿Os imagináis a don Silverio? ¿Y a don Vicente? ¿Y a don Emilio? ¿Y a don Jesús? ¿Y a don Diego? Todos estamos en torno de una mesa cubierta de un mantel de damasco –con elegantes pliegos marcados–; hay sobre ella tazas de porcelana, finas tazas que os maravilla encontrar en el pueblo. Y doña Pilar – esta dama tan manchega, tan española, discretísima, afable– va sirviendo con suma cortesía el brebaje aromático”– algo que muestra esta cercanía y esta cordialidad, que sólo aquí, en El Toboso, se da, puede darse: “Y don Silverio dice, cuando trascuela el primer sobro, como excitado por la mixtura, como dentro ya del campo de las confesiones cordiales: –Señor Azorín: que Miguel sea de Alcázar, está perfectamente; que Blas sea de Alcázar, también; yo tampoco lo tomo a mal; pero el abuelo, ¡el abuelo de Miguel!, no le quepa a usted duda, señor Azorín, el abuelo de Miguel era de aquí...”. Y así nos describe Azorín a este personaje, a este habitante de El Toboso que es Don Silverio, y para describirnoslo nos describe su alma: “Y los ojos de don Silverio llamean un instante. Os lo vuelvo a decir: ¿Os imagináis a don Silverio? Don Silverio es el tipo más clásico de hidalgo que he encontrado en tierras manchegas; existe una secreta afinidad, una honda correlación inevitable, entre la figura de don Silverio y los muros en ruinas del Toboso, las anchas puertas de medio punto cegadas, los tejadillos rotos, los largos tapias desmoronados”. Está vivo Cervantes, está vivo *El Quijote*. Están de verdad vivos en sus paisajes y en sus pueblos, y también lo están en nuestra alma. Hay emoción en la convicción honda de los habitantes de este pueblo, hay vida, esta vida que aún se siente cerca del corazón, propia. Le dice al final del capítulo y tras más explicaciones Don Silverio a Azorín: “–Señor Azorín, puede usted creerme; estos ojos que usted ve han visto el propio escudo de la familia de Miguel.// Yo he mostrado una ligera sorpresa.// –¡Cómo! –he exclamado– Usted, don Silverio, ¿ha visto el escudo?// Y don Silverio, con energía, con énfasis:// –¡Sí, sí; yo lo he visto! En el escudo figuraban dos ciervas; la divisa decía de este modo:// Dos ciervas en campo verde,/ la una paze, la otra duerme;/ la que paze, paz augura;/ la que duerme, la asegura”. Las palabras finales con que Azorín cierra el capítulo me agradan. Hay un afecto antiguo en ellas, y es un afecto que sentimos revivir en nosotros cuando las leemos, un afecto y una paz que ha de sentirse en algún momento cuando emprendemos y llevamos a cabo una búsqueda, y hacemos, andamos por ella una ruta. Son éstas: “Yo tengo un gran afecto por don Silverio; este afecto se extiende a don Vicente, a don Diego –el ensoñador caballero–, a don Jesús, a don Emilio –el de la barba aguda y la color cetrina–. Cuando nos hemos separado era media noche por filo; no ladraban los perros, no gruñían los cerdos, no rebuznaban los jumentos, no mayaban los gatos, como en la noche memorable en que Don Quijote y Sancho entraron en El Toboso; reinaba un silencio profundo; una luna suave, amorosa, bañaba las callejas, llenaba las grietas de los muros ruinosos, besaba al ciprés y el olivo silvestre que crecen en la plaza...”.

Me quedan –creo– dos capítulos de este libro de Azorín, no sé si conclusivos o recapitulatorios o que lanzan una meditación hacia el futuro. Ya lo veré. Ahora pienso y siento de qué modo más cálido, más natural, más sencillo y más simpático nos acerca Azorín a Cervantes y a Sancho y a *El Quijote* en este libro, y sentimos cómo está vivo y es una presencia natural y ciertísima en sus pueblos y sus paisajes y en el corazón y la memoria y las fantasías de sus gentes, y sentimos gracias a ellas que también son las nuestras.

Y ES VERDAD, como presentía, por habérmelo sugerido sus títulos, que estos dos capítulos que me faltan tienen ya algo de cierre. De echar la llave habla al empezar el capítulo “La exaltación española”, que lleva como epígrafe “En Alcázar de San Juan”, pueblo y lugar –pues son también molinos y lagunas– del que tengo un buen recuerdo, y del que es el poeta José Corredor-Matheos, que de allí vino niño a Barcelona, y siento ahora que es otro nexo de hoy, de nuestro tiempo, entre estos lugares de Cervantes y mi ciudad, Barcelona. Azorín escoge donde echar la llave a esta ruta que emprendió en Argamasilla, y nos da sus razones. Es un bello principio el de este capítulo. Es éste: “Quiero echar la llave, en la capital geográfica de la Mancha, a mis correrías. ¿Habrá otro pueblo, aparte de éste, más castizo, más manchego, más típico, donde más íntimamente se comprenda y se sienta la alucinación de estas campiñas rasas, el vivir doloroso y resignado de estos buenos labriegos, la monotonía y la desesperación de las horas que pasan y pasan lentas, eternas, en un ambiente de tristeza, de soledad y de inacción?”. Y más adelante, tras hablarnos más de la soledad de este pueblo, una pregunta y una razón que quizá presentía y tras esta ruta ha alcanzado y se dirige a nuestros corazones, y es la que liga estos lugares con el ser y el alma de Don Quijote: “Decidme, ¿no comprendéis en estas tierras los ensueños, los desvaríos, las imaginaciones desatadas del grande loco?”. Esta pregunta tiene respuesta, y responde a unas concreciones. Estas concreciones la responden y le dan ejemplo de sus razones. Nos dice Azorín: “La fantasía se echa a volar frenética por estos llanos; surgen en los cerebros visiones, quimeras, fantasías torturadoras y locas. En Manzanares –a cinco leguas de Argamasilla– se cuentan mil casos de sortilegios, de encantamientos, de filtros bebedizos y manjares dañosos que novias abandonadas, despechadas, han hecho tragar a sus amantes; en Ruidera –cerca también de Argamasilla– hace seis días ha muerto un mozo que dos meses atrás, en plena robustez, viera en el alinde de un espejo una figura mostrándole una guadaña, y que desde ese día fue adoleciendo y ahilándose poco a poco hasta morir. Pero éstos son casos individuales, aislados, y es en el propio Argamasilla, la patria de Don Quijote, donde la alucinación toma un carácter colectivo, épico, popular. Yo quiero contaros este caso; apenas si hace seis meses que ha ocurrido”. Y nos cuenta un caso reciente, que ha sucedido hace unos meses, de un supuesto anciano que se aparecía y prendía fuego, y las acciones de los habitantes del pueblo –misas, campanas. Y el final de Azorín a este caso y casi al libro, que encuentro precioso, espléndido, también, como veremos, porque tras las explicaciones y razones vienen las preguntas, y la verdad siempre se encuentra en las preguntas. Escribe Azorín: “¿Qué me decís de esta exaltada fantasía manchega? El pueblo duerme en reposo denso, nadie hace nada; las tierras son apenas rasgadas por el arado celta; los huertos están abandonados; el Tomelloso, sin agua, sin más riegos que el caudal de los pozos, abastece de verduras a Argamasilla, donde el Guadiana, sosegado a flor de tierra, cruza el pueblo y atraviesa las huertas; los jornaleros de este pueblo ganan dos reales menos que los de los pueblos cercanos. Perdonadme, buenos y nobles amigos míos de Argamasilla; vosotros mismos me habéis dado estos datos. El tiempo transcurre lento en

este marasmo; las inteligencias dormitan. Y un día, de pronto, una vieja habla de apariciones, un chusco simula unos incendios, y todas las fantasías, hasta allí en reposo, vibran enloquecidas y se lanzan hacia el ensueño. ¿No es ésta la patria del gran ensoñador don Alonso Quijano? ¿No está en este pueblo compendiada la historia eterna de la tierra española? ¿No es esto la fantasía loca, irrazonada e impetuosa que rompe de pronto la inacción para caer otra vez estérilmente en el marasmo?”. Y termina –y nos dice que esto hace, terminar– con este juicio y este comentario: “Y ésta es –y con esto termino– la exaltación loca y baldía que Cervantes condenó en el *Quijote*; no aquel amor al ideal, no aquella ilusión, no aquella ingenuidad, no aquella audacia, no aquella confianza en nosotros mismos, no aquella vena ensoñadora, que tanto admira el pueblo inglés en nuestro Hidalgo, que tan indispensables son para la realización de todas las grandes y generosas empresas humanas, y sin las cuales los pueblos y los individuos fatalmente van a la decadencia...”. Menciona aquí a los ingleses Azorín, y habla de otros pueblos. Recordaba en algún momento estos días cómo *El Quijote* fue un éxito fulminante y tuvo traducciones inmediatas en las lenguas de Europa, y, de hecho, ha fecundado más otras tradiciones que la nuestra. Cuando recogió el Premio Jerusalén, Milan Kundera dio como título a su discurso de recepción del Premio “La desprestigiada herencia de Cervantes”. Que él reivindicaba y de la que decía venir. De él viene. Nace con él, desde España y estos pueblos y figuraciones de la Mancha, la novela. No sólo una manera de contar y sentir el alma del hombre sino de entender y proyectar las facultades de ésta. Alturas del alma. Da razón de su universalidad esta acogida y creación de una tradición fecunda en los otros países de Europa, y nos alegra, me alegra, pero también lo hace el que Azorín vuelva a sus pueblos, a estos pueblos y lugares de la Mancha de los que parte esta capacidad de ver el alma del hombre, y encuentra en ellos su raíz y su razón. Creo que es bonito. Es bonito aún buscar el corazón de los lugares propios, no olvidar lo que fueron y lo que han sido y son ahora, y aún son. Hay una puerta dentro del alma por la que empezar una ruta. Es la ruta de todos, la ruta de los sueños y las ilusiones y los ideales y la libertad, la ruta de todos. La ruta de Don Quijote. Que se diversificó en sus caminos por Europa, y por el mundo todo. Pero es bonito hablar e ir al encuentro del molinero que aún molía y hacía funcionar su molino de viento en Campo de Criptana cuando allí Azorín estuvo, pisar el solar de la venta de Don Quijote en Puerto Lápice, contemplar la casa de Dulcinea en El Toboso, encontrarse hombres que se creen Sancho y así lo reivindican y otros que hablan de Cervantes como Miguel, tal un miembro de la familia, pues así lo viven y lo sienten. Ir a buscar las gentes y los lugares y los pueblos y los paisajes por los que anduvo el hidalgo, que lo vieron nacer e hicieron posible, y andarlos de alguna manera otra vez también nosotros.

AL FINAL, CASI como apéndice, “Pequeña Guía para los extranjeros que nos visiten con motivo del Centenario”, con un capítulo único titulado “The time they lose in Spain”, que sabemos al final del mismo es el título del libro que va a escribir el Dr. Dekker, del Real Colegio de Cirujanos de Londres, tras sus peripecias en Madrid, que le hacen comprobar que España es el país en que más se espera, el país –como exclama muchas veces tras alguna acción que le hace así otra vez comprobarlo– “sin par en el planeta: The best in the world!”. De ahí el título de este libro, que nos da Azorín al final, en inglés y español, “The time they lose in Spain”, es decir, “El tiempo que se pierde en España”. Me parece que he leído este texto en otro libro de Azorín. No tiene mucho que ver con el libro –o quizá sí. Es como un añadido. Podía ponerse o no ponerse, y quizá, según la impresión que se me despierta en la memoria, su autor lo ha puesto ya en otro

sitio. No hubiera tocado *La ruta de Don Quijote*. Hubiera dejado intacta la magia de la Mancha, el ahondar en su memoria, la vida que hay aún en ella. No importa. No importa lo que yo piense o diga, si, además, este texto final me llama la atención y me hace pensar en el tiempo que se pierde y en la espera. Yo no voy a pensar en funcionarios o paseantes o chicos de un bar. Voy a pensar en el tiempo que perdemos y ganamos al leer un libro, en la espera que este libro tiene dentro y necesita, a veces una vida entera. A veces una vida que hace más habitable la vida, la hace otra, más soportable, con mejor sonrisa, aun en las desilusiones y los fracasos y la soledad y el dolor. Este libro posible que así pienso y que para pensarlo digo de él esta palabra puede ser *El Quijote*. Es –llego ahora a este pensamiento en mi escribir– *El Quijote*. En él la espera de España, el tiempo que en ella se ha perdido, hecho fruto para el mundo. Para todos.

Barcelona, 3 de junio de 2020

